

## **El primitivo Gregorio Valdés**

**(1879 - 1939)\***

Elizabeth Bishop

(Traducción de Jorge Jiménez Rojo)

La primera vez que vi una pintura de Gregorio Valdés fue en la ventana de una barbería de la calle Duval, calle principal de Cayo Hueso. El establecimiento estaba situado en una sección formada por tiendas de licores, salones de limpiabotas y billares, todas bajo un toldo de madera que la protegía con el sol. El cuadro estaba recostado sobre un anuncio del whisky "Eagle", entre decoraciones de papel crepé rojo y verde, alusivas a las ya pasadas Pascuas y el programa de una zarzuela, que iba a ser representada en un colegio cubano; todo ello cubierto de polvo, de manchas de moscas y hormigas.

Tratábase de un paisaje, un camino largo y estrecho que se perdía en un punto indefinible, bordeado de verdes campos y de una hilera de palmas reales, tan cuidadosamente pintadas, que podían contarse sin dificultad las siete que formaban cada grupo a orillas del sendero. En medio del camino, veíase la figurita de un hombre sobre un burro y más lejos, a la derecha, un típico bohío que parecía tener las mismas cualidades misteriosas de perspectiva que el perrito de *La Carriole de M. Juniot*. El cielo, hacia lo alto, era de un azul intenso, disminuido hasta un blanco para terminar en una nota rosada; un rosado que recuerda esos crepúsculos tropicales, llenos de mosquitos. Así que pasaba frente a la tienda camino del restaurante, el cuadro iba gustándome más y más; por último lo compré por tres dólares. La dueña de la casa donde residía había aprendido en el Convento a pintar al "óleo" y tenía su casa llena de copias de "La niña romana en la fuente" y "Caballos en la tormenta". Sufrió un gran disgusto al ver la obra y prometió pintarme el mismo cuadro por quince centavos.

El barbero me informó que podía ver más cuadros de Valdés en la ventana de una pequeña fábrica de tabacos de la calle Duval, una de las pocas que quedaban en Cayo Hueso. Tratábase de seis o siete pinturas: un feísimo cuadro de *La cena* en azul y amarillo, un *Ángel Guardián* custodiando dos niños al borde de un peñasco, un estudio de flores, todas eran copias; también habían algunas copias de tarjetas postales. Me gustó mucho un cuadro que representaba una vivienda campesina cubana en medio de los mismos verdes campos, con dos de sus palmas favoritas y una mata de plátanos, una silla en el portal, una mujer, un burro, una enorme flor blanca y un avión de la Pan-American en el cielo azul. Un amigo lo compró; me decidí entonces visitar a Gregorio.

Vivía en el número 1221 de la calle Duval, como rezaba una curiosa nota al pie de todos sus cuadros; pero mantenía un “estudio” en una casita desvencijada al doblar de la esquina. De una las columnas del portal colgaba una paleta con el lema: “G. Valdés, pintor de anuncios”. Era una casa de tres habitaciones con agujeros en los pisos de los que brotaban hierbajos. Gregorio había cubierto dos secciones de las paredes con postales y figuras recortadas de los periódicos. Una sección estaba dedicada a los animales: mascotas de niños en el Zoológico y fieras salvajes de África. La otra estaba casi totalmente adornada con reproducciones de Madonas y otros apuntes religiosos de los fotograbados. En otra habitación había una pequeña virgen de yeso y un búcaro con unas rosas amarillas de una cera medio derretida. Había también un catre viejo y una hilera de latas con diversas plantas. Una de ellas era un *Sweet Basin*, que me sugerían oler cada vez que lo visitaba.

Gregorio era un hombrecillo delgado, enfermizo, con un rostro infantil y ojo cansados de color obscuro, se me parecía un poquito al *Autorretrato* de El Greco. Hablaba muy poco inglés, mas era tan atento que si se me ocurría llevar a alguien que hablase español no le hacía el menor caso en cuanto a la interpretación del idioma, contestando siempre en inglés, lo que dificultaba aún más las explicaciones y los cumplidos. Había nacido en Cayo Hueso, pero su esposa era nativa de Cuba y por eso el español fue siempre el idioma de la familia, como era la costumbre entre las familias cubanas emigradas al cayo.

Le comisioné para que pintara un cuadro grande de la casa que yo vivía. Cuando lo fui a buscar para que la viese, lo encontré vestido con ropas nuevas: un flamante sombrero de paja, una camisa de rayas, abotonada hasta el cuello pero sin corbata, pantalones viejos y un par de zapatos blancos y negros de un estilo elaboradamente gótico, con unas punteras tan estrechas que sin duda debían de resultar en extremo molestas. Le brindé una ampliación fotográfica de la casa y le pedí que le adornase con más flores, el burro del vecino, un loro y una palmera de esos que los nativos de la Florida llaman *Palmera del Viajero*. En esa época sólo quedaba un ejemplar en todo Cayo Hueso, por lo que Gregorio fué a hizo un cuidadoso dibujo preliminar conque guiarse más tarde. Me lo enseñó después, con las medidas cuidadosamente anotadas y los colores escritos a un lado del trazo. Me pidió excusas; le había añadido una penca más a cada uno de los penachos para guardar la simetría pues uno de ellos sólo tenía seis pencas en el modelo original. Puso flores en profusión, el loro en la percha de la baranda y pintó el burro trepando al tronco, aunque algo más grande de lo que era en realidad.

Cuando me entregó el cuadro no había nadie en la casa y lo dejó recostado contra una de las paredes del portal. Al volver, a la noche, lo vi desde lejos: la copia de la casa, en verde y

blanco, recostada contra el modelo original. En el crepúsculo gris, ambas parecían confundirse y tuve la sensación, así que me iba acercando, de que una nueva lámina iba a surgir de la anterior, como sucede en los anuncios de *Old Dutch Cleaner*. Algunos días después, cuando hube colgado el cuadro, invité a Gregorio a una reunión de carácter familiar, y a pesar de nuestras dificultades con el idioma, pasamos un rato sumamente agradable. Bebimos Jerez y de vez en cuando Gregorio solía exclamar: “more wine”.

Nunca me pareció un hombre sano, pero durante el invierno de 1938-39, de regreso a Cayo Hueso, lo encontré más desmejorado que la vez anterior. Después de Pascuas, sólo le vi trabajar una vez en el estudio. Tenía diversas comisiones que llenar y parecía muy alegre. Había cambiado su pequeña paleta de *Pintor de Anuncios* por otra mayor que rezaba: *Pintor Artista*. Mas cuando regresé estaba en la casa de la calle Duval y una de sus hijas me dijo que estaba bastante enfermo. No había terminado de hablar cuando vi a Gregorio salir del cuarto, al mismo tiempo que se ajustaba los pantalones y se excusaba por no tener nuevas pinturas que enseñarme. Me pareció, en efecto, muy enfermo.

La casa era una de esas típicas viviendas cubanas de Cayo Hueso, muy sencilla, muy limpia, con la imprescindible bicicleta en el portal. El marco de la puerta de la sala estaba adornado con una cortina de flecos verdes y como único mobiliario, seis sillas en derredor de una pequeña mesa en el centro de la cual había un ramo de flores artificiales. La austeridad de estas viviendas y la aparente distancia entre los pocos objetos que allí se apreciaban da la misma sensación de lo remoto que observamos en los mejores cuadros de Gregorio. Los únicos adornos que recuerdo haber visto en la casa eran los tejidos de una de las hijas, que siempre se encontraban sobre la mesa de la sala, además de unas pocas fotografías: una de Gregorio cuando era trombón mayor de una banda y otra de su boda, amén de la licencia de matrimonio, colgada en una de las paredes. En el *hall*, recuerdo la presencia de un maravilloso reloj. La caja del mismo era una estatua de yeso, pintada en bronce, del presidente Roosevelt ante la rueda de un timón marino. En la esfera aparecía el dibujo de un cantinero batiendo cocteles; la coctelera subía y bajaba al compás del “tic-tac” del reloj. Me imagino que lo ganaría en algunas de esas tiendas de loterías que aparecen todos los inviernos en Cayo Hueso.

Gregorio empeoró durante la primavera. Su médico se encontraba en Cuba y el pintor se negó a consultar otro. Sus hijas me contaron que cuando le suplicaban que viera a otro médico, contestaba invariablemente que si lo hacían, “he will throw him away”.

Un amigo me acompañó a verlo a principios de mayo. Fue la primera vez que no se levantó a recibirnos; entonces comprendimos que estaba peligrosamente enfermo. La familia

nos condujo a una pequeña habitación cerca de la cocina, donde yacía el enfermo en una pequeña cama de madera. La alcoba era tan angosta que sólo daba cabida a la cama, el escaparate, un pequeño estante y una palangana; la casa estaba en tan mal estado que la luz se filtraba a través de grandes agujeros en el piso. Gregorio, terriblemente demacrado, yacía con una camisa azul en el lecho; la cabeza descansaba en una almohada escuálida y sobre ella veíase una imagen sagrada clavada en la pared. Se me antojó una de esas imágenes que figuran en los cuadros de los altares mejicanos alusivos a curas milagrosas, sólo que en su caso, ningún milagro era ya posible.

Aquel día compramos una de las pocas pinturas que tenía a mano, “naturaleza muerta” de frutas del Cayo: un coco, un mango, unos mamoncillos, un melón de agua y una manzana, abigarrados sobre un fondo azul, componían el cuadro. En esta obra la pintura se había cuarteado ligeramente y al examinarla descubrí una de las excentricidades de Gregorio. El fondo azul se extendía hasta el extremo de la mesa y donde el óleo estaba cuarteado, el color se transparentaba a través de la fruta. Aparentemente, calculó que si la pared estaba detrás de la fruta debía pintarse antes de proceder a pintar la fruta misma.

Al día siguiente descubrimos en el *New York Times* que se había exhibido un grupo de quince cuadros de Gregorio en la Galería de los Artistas. Recortamos la nota y se la llevamos; pero estaba tan enfermo que se limitó a extender los brazos y murmurar: “Excuse, excuse”. Nos sentimos más aliviados cuando la familia nos comunicó que había consentido en ver a otro médico.

La tarde del nueve de mayo sufrimos una gran impresión cuando nos encontramos con un amigo de Cuba y nos comunicó la muerte de Gregorio. Algunas personas se agrupaban en el portal, hablando en voz baja. Un joven se nos acercó y nos dijo: “El viejo murió a las cinco.” No quiso ser irrespetuoso, sólo que su inglés era muy pobre y dijo “viejo” en vez de padre.

El entierro se efectuó a la mañana siguiente. Sólo algunos parientes y varios amigos íntimos asistieron a los funerales. Con amoroso cuidado, sacaron el féretro cubierto de “Rock Roses” que los Valdés cultivaban para vender en el patio de la casa. Luego fuimos invitados para visitar “los niños”. Dejaba cinco hijas y dos varones: Jennie, Gregorio, Florencio, Anna Louisa, Carmela, Adela y Estela. Dos de las hijas eran casadas y le habían dado nietos, dos varones y una hembra. Gregorio era tan pequeño e independiente que siempre era causa de sorpresa pensar que fuese un patriarca. Cuando le llevé el recorte del periódico y no pudo leerlo a causa de su gravedad, confieso que me asusté, sin embargo, según me contó después

su hija él se alegró mucho al saber lo de la exposición durante sus últimas, estuvo diciendo que ganaría el primero premio.

Me contó algunas anécdotas más de su padre, como cuando los acorazados anclaron en Cayo Hueso en la otra guerra; él hizo un modelo a escala tan perfecto, que los turistas del Norte se lo compraron por ochenta dólares. También me habló de cómo trabajaba en el estudio a altas horas de la noche a la luz de un quinqué cuando era necesario terminar alguna orden.

–“Comenzó a pintar en los días de su noviazgo –continuó diciendo la niña– tomando las lecciones de un tal “Musi” cuyo verdadero nombre jamás habían conocido. Este anciano maestro vivía en una casita de los Valdés, pero según informes de la chica, era tan pobre que no podía pagar la renga por lo que enseñaba a Gregorio en pago del alquiler. Gregorio había trabajado en fábricas de cigarros y había vendido helados por las calles y durante algún tiempo hizo de fotógrafo en sus desesperados afanes por mantener a su numerosa familia. Nunca dejó de hacer viajes a Cuba, estableciéndose en Cayo Hueso porque su esposa le gustaba más ese sitio que ningún otro. durante su estancia en Tampa, pintó numerosos carteles, muchos de los cuales aún pueden verse en Cayo Hueso, como el de la *Sociedad de Cuba*, frente a la cual había un café para obreros de una fábrica de cigarrillos llamado “No me Olvides”. Diez años antes Gregorio había pintado un cuadro de este establecimiento en una de sus paredes, con un cielo azul, los hilos telefónicos el nombre, exactamente reproducido. Mr. Rafael Rodríguez, el antiguo dueño que nos lo enseñó, parecía disgustado porque desde que la fábrica de cigarros y el café habían desaparecido, el color de los marcos de las puertas y ventanas se cambió del azul al anaranjado, desluciendo el cuadro de Gregorio”.

La siguiente anécdota fue relatada por Mr. Edwin Denby, en su artículo sobre Valdés para la exposición de la Galería de los Artistas. Cuando joven vivía el artista con su tío. En una ocasión, encontrándose éste en el trabajo, Valdés quitó el toallero con la toalla que colgaba al lado del lavabo colocando en su lugar una reproducción exacta de estos objetos. Cuando el tío regresó a eso de las cinco, se llegó al lavabo, se inclinó sobre él y se lavó la cara. Acto seguido, tentó la pared en busca de la toalla pero no la encontró. Con el agua corriéndole por los ojos, trató de cogerla pero como es natural, no pudo. “Aquel incidente me hizo reír mucho, muchísimo”, declaró después Valdés.

Afortunadamente, este ideal clásico de verosimilitud no tuvo siempre éxito. En realidad, Gregorio no fue un gran pintor, y aunque era de esa clase de artistas llamados “primitivos” muchas veces no era ni un buen “primitivo”. Su pintura es de una cualidad desigual. Casi todas

ellas son reproducciones de otros cuadros o copias de fotografías. Cuando copiaba reproducciones sólo lograba esa pintura barata que llamamos de “calendar”; cuando reproducía alguna fotografía, especialmente esas que conocía y quería, como las de palmeras, lograba los cambios precisos de perspectiva y color, dándole a la obra una peculiar y encantadora frescura, cierta lisura y perspectiva de lejanía. Mas el mismo Valdés no percibía diferencia alguna entre lo que considerábamos sus obras buenas y las malas; la consecución de un cuadro se le antojaba cosa de suerte.

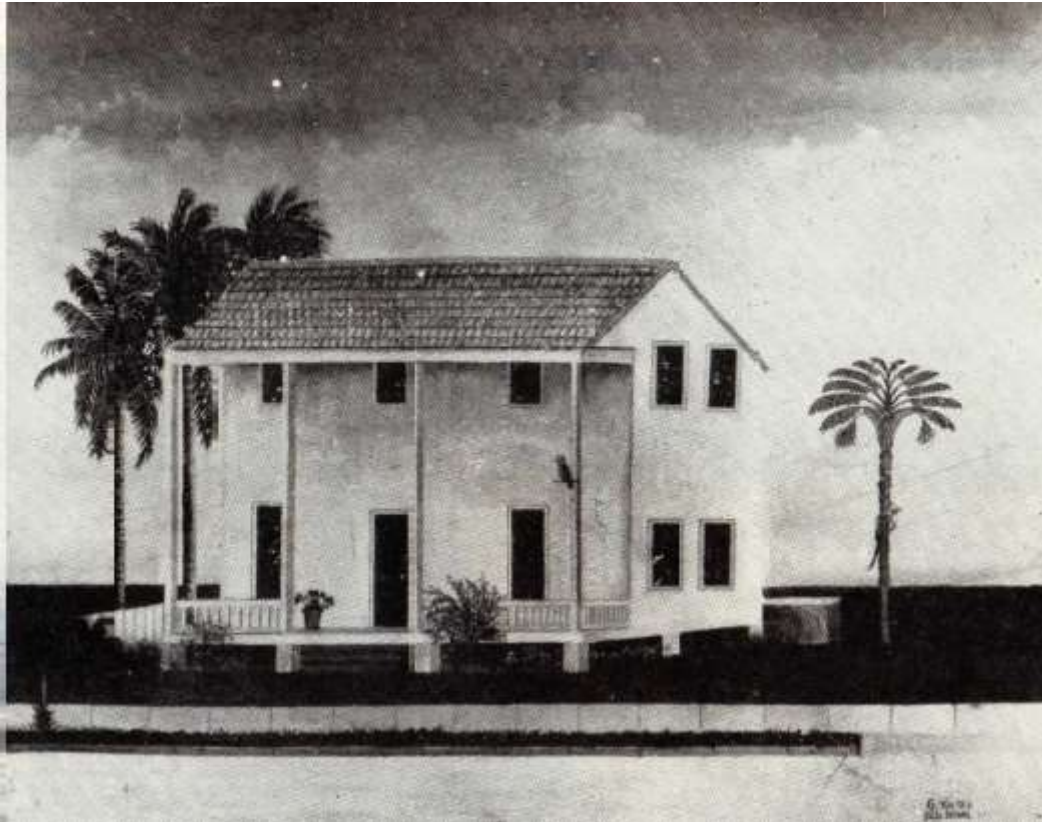
Existen algunos seres envidiables, no porque sean ricos, o hermosos o brillantes, aunque quizá posean estas tres cualidades; más bien los envidiamos porque todo cuanto ellos son o hacen parece constituir una sola pieza, de tal modo, que se nos antojan hechos de tal forma que aún queriendo ser o actuar de otra manera, no lo lograrían. Un rasgo cualquiera de su carácter podría destacarse más que otro; no sería esto de gran importancia. Los héroes antiguos solían expiar crímenes cometidos involuntariamente; así también ciertas personas parecen poseer “dones” recibidos a causa de permanecer inconscientemente en un anti-democrático estado de gracia. Pero, ciertamente, todo aquello que otro no consigue sin un esfuerzo resulta peligroso cuando intentamos imitarlo; y sin embargo, como la virtud natural es digna de nuestra admiración y de ser imitada, aunque siempre quedará sumida en un total misterioso.

Mas ¿quién dejará de admirar y disfrutar de las palmeras llenas de secretos sobre un fondo rosa, de la “palmera del Viajero” o del cuadro de la iglesia cubana copiado de un anuncio de licores y que lleva a la traducción literal del español: “Church of St. Mary’s Rosario 300 Years Constructed in Cuba”? (Iglesia de Santa María del Rosario, Construida en Cuba hace 300 años).

\* **Publicado en** *Orígenes, Revista de arte y literatura* (La Habana, 1944-1956), Número 6, verano, julio de 1945 (Dir. José Lezama Lima y José Rodríguez Feo), Edición facsimilar, Vol. I, Introducción e índice de autores, Marcelo Uribe, México, El Equilibrista, Madrid, Turner, 1992.

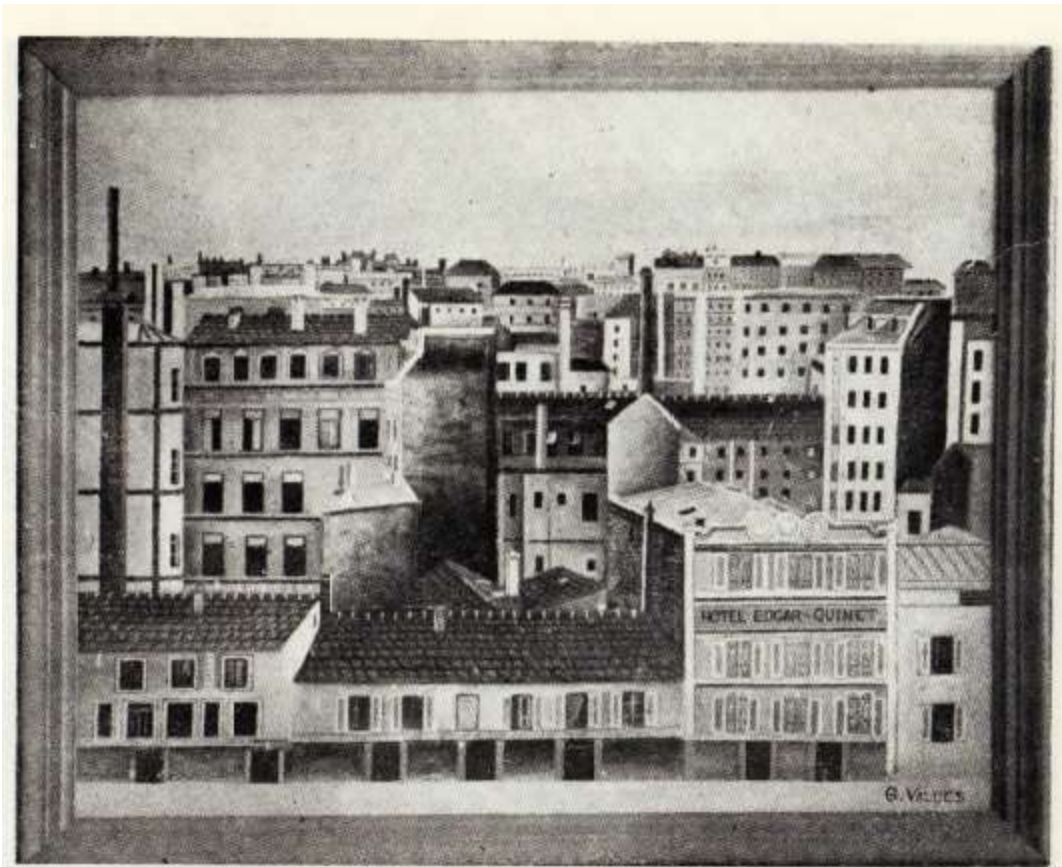












*Vista de París. (de una tarjeta postal). Oleo.*

GREGORIO VALDES.

Colección Orson Welles.